

Capítulo LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.

Antes de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no se movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro luminar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejaban con más vigor los remos ó canaletes.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: mientras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.

Mientras los unos descansaban, velaban los otros, perfectamente armados y preparados á defenderse si llegaba el caso, no sólo de los caribes que les asaltarán en medio del mar, sino de sus salvajes compañeros.

Al dia siguiente, por efecto de tan penosa tarea, se hallaron todos excesivamente fatigados.

La luz del sol, que esperaban con ansia para que les brindase la esperanza de encontrar pronto tierra, les arrebató esta ilusion.

Mar y cielo habian visto á la claridad del crepúsculo vespertino, y mar y cielo descubrieron á favor de las primeras luces de la aurora.

Las endebles canoas, obedeciendo como esclavas á las olas, no ofrecian seguridad á los viajeros; si estando el mar en calma fluctuaban de aquel modo, cuando se alterase, cuando se enfureciese, era seguro que no podrian resistir los embates del oleaje.

Mendez y Fiesco agotaron los recursos imaginables para reanimar el abatido espíritu de sus compañeros.

No sólo les permitían descansar, sino que muchas veces, para dar ejemplo, tomaban los remos y trabajaban como los mismos indios.

En el primer día agotaron el agua y comenzaron á sufrir una sed espantosa.

La calma continuaba, sin que la más leve brisa templase los horrores de aquella temperatura, que sostenía un sol equinoccial.

Al medio día abandonaron los indios los remos.

—Matadnos si quereis,—dijeron á sus jefes;—ya no podemos más.

Mendez había previsto lo que iba á pasar, y reservó dos barriles de agua; pero ocultó los móviles que le habían obligado á emplear aquel recurso, y aseguró á los indios que los había encontrado entre los vacíos.

Este precioso hallazgo reanimó un tanto á los infelices remeros.

—Pero será preciso,—dijo Mendez,—tasar el agua para que dure.

—Nos morimos de sed,—gritaron los indios de su canoa.

—De todos modos,—añadió Mendez,—debemos repartirla con nuestros camaradas.

Los indios, que eran generosos, llevaron una barrica á la canoa de Fiesco.

Los dos jefes se encargaron de administrar el agua por sí mismos.

—Animo,—les dijeron;—si os esforzais llegaremos en breve á una isleta que está á ocho leguas de la Española... Allí hallaremos agua, alimentos, y podremos descansar.

Esta esperanza y el agua que bebieron los indios, dió nuevo aliento á sus abatidas fuerzas y cogieron los remos.

Bogaron ansiosos de ver tierra.

Pasó el día.

Las tinieblas de la noche envolvieron sus frágiles embarcaciones.

Mendez pasó á la canoa de Fiesco.

—¿Sabeis que me asalta un temor?—le dijo.

—¿Cuál?

—Segun mi cuenta, hemos andado con creces la distancia que separa la costa de la Jamáica, en donde queda el almirante, de las isla de Navasa.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Segurísimo.

—¡Eso sería horrible!

—Espantoso.

—Nuestros remeros no tienen fuerzas para llegar á la Española.

—¡Qué han de tener!... Además, no habiendo hallado la isla, hemos perdido el rumbo, y sólo Dios sabe dónde iremos á parar.

—De cualquier modo, es necesario que ellos lo ignoren.

—Sí... de lo contrario todo se perdería.

Se separaron.

Mendez volvió á su embarcacion, y cerró la noche sin que notase indicio alguno de la isla.

Uno de los indios pareció en medio del horror de sus compañeros, que veian tambien próximo su fin.

Su cuerpo fué arrojado el mar.

La fatiga obligó á muchos á dejarse caer jandean-tes en el fondo de las canoas.

He aquí cómo refiere Washington Irving el final de aquella heróica expedicion:

«A veces querian los indios refrescarse las fauces con agua de mar, lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando.

»La noche iba ya muy entrada; mas no habian podido aún dormir los que estaban de descanso á causa de la intensidad de su sed, ó si dormian era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar con redoblado tormento.

»La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios; pero sólo habia servido para irritar sus sufrimientos.

»Apenas podian mover los canales; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á la Española.

»Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entonces sostenido aquella fátigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero tambien empezó ya á decaer su ánimo.

»Estaba Diego Mendez sentado, observando el horizonte, que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que proceden á la luna.

»Al salir aquel planeta, vió que se destacaba de detrás de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de ¡tierra!

»Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida.

»Era la tierra la isla de Navasa: pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla.

»El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni hacer una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

»Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones.

«Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios.

»Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia.

»No habia en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna.

»Pero su ánsia les hizo hallar abundancia de agua, dejada por las lluvias en los huecos de las rocas.

»La arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con immoderado afán.

»En vano los más prudentes recordaban á los otros su peligro.

»Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia.

»Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

»Apagada la sed, buscaron alimento.

»Se encontraron, en efecto, algun marisco por las costas.

»Encendió fuego Diego Mendez, juntaron algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traia: pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete.

»Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á la Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

»Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamáica.

»Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad los indios.»

Tales son los pormenores de este aventurado é interesante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros.

Los viajeros permanecieron dos dias descansando en las márgenes del rio.

Mendez partió con dos indios á la Española, y allí tuvo un encuentro felicísimo.

Fiesco llegó á Santo Domingo tres dias despues.

Más tarde referiremos lo que allí le pasó.